



A LA MEMORIA DE RODÓ

74

Por MIGUEL DE UNAMUNO

O. Completas, tomo VIII

(Para LA NACION)

SALAMANCA, julio de 1919.

En el capítulo IX del libro bíblico de los «Jueces» se nos cuenta cómo los israelitas proclamaron en Siquem rey a Abimelec y al saberlo Joatam fué a la cumbre del Gerizim y desde allí clamó esta fábula:

«Fueron los árboles a elegir rey para sobre ellos y dijeron al olivo: ¡reina sobre nosotros! Pero el olivo respondió: ¿he de dejar mi pingüe jugo con el que se honran Dios y los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: anda tú y reina sobre nosotros! Y respondió la higuera: ¿he de dejar mi dulzura y mi buen fruto por ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron luego los árboles a la vid: pues ven tú y reina sobre nosotros! Y la vid les respondió: ¿he de dejar mi zumo que alegra a Dios y a los hombres para ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo: anda tú, reina sobre nosotros! Y el escaramujo respondió a los árboles: si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid y aseguraos bajo mi sombra y si no fuego salga del escaramujo que devore los cedros del Líbano» (versículos 7 al 15).

Ernesto Renán en su «Historia del pueblo de Israel» (cap. IX del libro II) después de reproducir este bellísimo apólogo bíblico y hacer notar lo ridículo de hablar el escaramujo de su sombra, añade estas palabras: «Era decir, en términos bastante claros, que las gentes verdaderamente útiles evitan la tarea de gobernar a los hombres y que aquellos solos que no vacilan en tomar sobre sí semejante carga son los que nada llevan dentro de sí y creen salir de los pasos difíciles con vanas fanfarronadas.»

Claro está que esto lo dijo Renán por sí mismo. Tenía que dar el aceite, el vino y los dulces higos de sus obras y no podía distraerse de ellos dedicándose a escaramujo, a gobernar a los demás, a reinar, de un modo o de otro, sobre ellos. Y no decimos a político, porque Renán lo fué. ¿Qué sino una obra de política es su «Historia del pueblo de Israel»? ¿qué sino obra de educación política son las mejores de sus obras? ¿o es que no se hace política sino en los parlamentos y desde los cargos de gobierno? Spencer se envanecía de haber contribuido al progreso político y hasta a la legislación de su patria más que cualquiera de los diputados o senadores de ella.

Hemos recordado el apólogo bíblico de Joatam y el comentario de Renán al leer, recientemente, el libro: «Rodó; su vida, su obra», que con fraternal piedad y con singular competencia del asunto ha escrito y publicado Víctor Pérez Petit, uno de los más antiguos amigos y compañeros del gran escritor y político uruguayo.

«¿Político Rodó?», se preguntará más de uno al leer esto, y le diremos: político, sí, político, y en el más alto sentido de la palabra. Y cuando corran los años se reconocerá que a la educación política, cívica, de su patria, y de otras patrias, contribuyó Rodó más, mucho más que todos los que han llegado en ella a la más alta magistratura de gobierno público nacional.

Rodó fué un gran crítico y un gran político. Y no deja de presentar su espíritu grandes analogías con el de Re-

nán. Hasta en un cierto tono íntimo de tristeza, de desilusión, y no decimos de desesperación porque el ideal estético, «aristocrático» velaba la desesperanza. Uno y otro, Renán y Rodó, vivieron, queremos creerlo, sin poder consolarse de haber perdido la ingenua fe de sus mayores y sin poder satisfacerse con la razón. Y ni de uno ni de otro, ni de Renán ni de Rodó, sabemos que hubieran hecho versos o si los hicieron un supremo pudor o un demasiado agudo sentido crítico les impidió darlos a conocer a los demás.

«Ese Rodó—nos decía una vez un filisteo—¿no fué un catedrático?» Y calándole la mala intención le respondimos: «no, no fué un catedrático; fué un maestro!» Pérez Petit nos dice que «la enseñanza universitaria de Rodó no tuvo una caracterización verdaderamente pedagógica» pero que fué «un estupendo y admirable conferencista». Queremos creer que fué uno de esos hombres que hablan como un libro pero cuando sus libros hablan como hombres. Y como hombres hablan los libros de Rodó.

Lo verdaderamente interesante de la biografía que de Enrique Rodó, su amigo y compañero y maestro, ha trazado Víctor Pérez Petit, es lo que se refiere a los últimos años del gran escritor, a sus años de soledad íntima, de aislamiento espiritual, a los años en que sentía sobre su vida el peso de su obra. «La actitud adoptada por Rodó en política—nos dice Pérez Petit—fué creándole una extraña situación en su propio país. Era considerado y estimado por todos; los hombres más eminentes se gloraban con su amistad; su consejo y sus ideas eran puestas por encima de todo encarecimiento; pero él empezó a vivir una existencia de estrechez y de desengaños. Sus amigos, políticos de poco antes, le volvían la espalda. Por lo demás era bastante orgulloso para solicitar nada de nadie.»

Nos imaginamos todo el fondo de la situación. Rodó, el político, el verdadero político, el maestro de política, esto es: de civilización y de civilidad y de cultura veíase entre electoreros, entre lo que en Norte América se llama «politicians»; el olivo del suavísimo aceite, la vid del generoso vino, la higuera de las dulcissimas brevas tenía que sufrir los pinchazos de las espinas de los escaramujos blancos o colorados. Cuenta Pérez Petit que yendo un día el gran político, el gran civilizador, a casa de su amigo le pidió la obra «Hierulanium et Pompeii» de Barré con reproducciones del Museo Borbónico, luego la colección de «L'Asiette au beurre», le preguntó luego lo que pensaba de Ruysbroeck y tras una discusión sobre el misticismo acabó diciendo: «Hace bien hablar de estas cosas de cuando en cuando; en este país ya nadie sabe hablar más que de Batlle». Y se fué.

«En este país ya nadie sabe hablar más que de Batlle!» Comprendemos el estado de ánimo en que el gran político—Rodó, por supuesto!—lanzó desde la soledad de su espíritu esas palabras. ¿Es que el otro le hiciera sombra? ¡No! Pérez Petit nos dice, y no necesitamos que nos lo jure para creérselo, que Rodó no conoció la envidia. No era la suya una de esas «almas sin equilibrio y sin luz» como dijo hablando de la novela «La Raza de Caín» ese Carlos Reyles en que se escarba en las honduras de la envidia. Además, en el caso de que tratamos ahora, Rodó no tenía nada que

envidiar, ni por qué envidiar, aun reconociendo todo el valor de la actuación política y social del Sr. Batlle. Sabía además, Rodó, sin duda alguna, que cuando en tiempos venideros se escriba la historia del desarrollo político de su patria, su nombre y su obra figurarán tanto o más que los del gobernante y se reconocerá que él, el olivo, la higuera, la vid, gobernó también. ¿Es que aquí, en nuestra España, se le ocurre a nadie que Moret y Silvela y Villaverde y aun Sagasta y Cánovas y Castelar han gobernado por espíritus más que Joaquín Costa la hizo?

«En este país ya nadie sabe hablar más que de Batlle!» Sin duda a Rodó le dolía que sus compatriotas no supiesen hablar de política, no supiesen hacerla como él creía que debe hacerse política. Por nuestra parte, muchas veces nos ha sorprendido el tono con que en cartas recibidas de esa banda, de esas orillas del Plata, se nos dice: «no nos interesa nada la política!» Y entrando luego en materia, echamos de ver que no es política aquello que nos dicen que no les interesa.

Y esa amarga expresión la soltó Rodó después de haber estado discutiendo sobre el misticismo. Y el misticismo sí que es política, aunque no sea ni blanca ni colorada.

«No volví a verlo en mucho tiempo—prosigue Pérez Petit.—Supe, sin embargo, por algunos amigos comunes, que vivía más reconcentrado que nunca, agriado, descontento. Rehuía la compañía de todos; buscaba paseos solitarios; se negaba a los que iban a buscarle a su casa. Le dió porque tenía que venir a Europa; no sabía cómo, pero quería venirse acá. «Reformarse es vivir; viajar es reformarse», escribió en «Motivos de Proteo». «Las cosas del terruño le tenían harto—nos dice su amigo—acaso también estaba harto de sí mismo.» Sí, de encontrarse solo.

«Viajar es reformarse!» ¡Qué error! Y más a cierta edad... El que ha dado la vuelta a sí mismo y no ha encontrado en sí ningún rincón por descubrir, ¿qué va a descubrir fuera, en el mundo de las apariencias, y a la edad en que Rodó emprendió su último viaje? «¡Tengo que vivir!» le dijo a su amigo, para explicarle el que escribiese en el «Telégrafo Marítimo». Qué abismos de hondas tristezas en esta frase tan vulgar: «¡tengo que vivir!» Rodó no emprendió su último viaje para reformarse, no, emprendiólo para buscar temas, motivos, que le permitiesen vivir. Y añadió: «Escribo también a mis amigos de América para que no me olviden, como los de aquí.» Hay todo un drama íntimo detrás de estas palabras. «No hay enemigo chico—decía—si no contesta usted una carta o no agradece el envío de un librito, un admirador menos.» ¡Un admirador menos! Es que los necesitaba acaso para tener que vivir? Qué triste vida!

La lectura de los últimos párrafos de la sección en que Pérez Petit nos cuenta la vida de los últimos años—años de soledad y de estrechez—de Rodó, y cómo se concertó su viaje a Europa pone tristeza en el corazón de cualquier lector. En el nuestro ha puesto espanto. Las razones de este espanto nos las llamamos ahora, que ya llegará acaso tiempo de exponerlas volviendo a este motivo—y no de Proteo, sino de Prometeo—de la soledad en que vino a morir Rodó.